**SER CRISTIANO EN UN MUNDO NO RELIGIOSO**

**Carta de Dietrich Bonhoeffer a Eberhard Betge**

**DE “RESISTENCIA Y SUMISIÓN”**

(Campo de concentración de Tegel-Berlín). 30 de Abril de 1944

Una vez más toca a su fin un mes. ¿También para ti fluye tan velozmente el tiempo como para mí? A menudo yo mismo me extraño de ello; y ¿cuándo vendrá el mes en que podamos reunirnos de nuevo tú con Renata, yo con María y también nosotros dos? El presentimiento de que cualquier día unos grandes acontecimientos pueden poner en movimiento al mundo y alterar todas nuestras relaciones personales, es tan fuerte en mí, que me gustaría escribirte con mayor frecuencia; en primer lugar, porque ignoro por cuánto tiempo podré aún hacerlo, y sobre todo, porque ambos deseamos compartirlo todo siempre y tan a menudo como nos sea posible.

En realidad, estoy firmemente convencido de que para cuando esta carta llegue a tu poder, las grandes decisiones ya se habrán puesto en marcha en todos los frentes. Durante estas semanas será preciso reunir todos los pensamientos, a fin de no asustarse ante nada. Ante ese futuro inmediato, casi me inclino a citar el “dei” bíblico, y siento algo de la “curiosidad” de los ángeles –citada en 1 Pe 1,27-, cuando Dios se dispone a resolver lo aparentemente insoluble.

Creo que ha llegado el momento en que Dios se dispone a realizar algo en nosotros, incluso con toda la participación externa e interna, que únicamente podremos acoger con enorme asombro y profundo respeto. De una u otra forma quedará de manifiesto –para aquel que realmente sea capaz de verlo-, que lo salmos 58,12b y 9,20 tiene razón; y cada día tendremos que repetir Jeremías 45,5. Para ti, separado de Renata y del pequeño, será todavía más pesado que para mí el soportar todo esto. Por ello pensaré muy especialmente en ti, cosa que ya estoy haciendo ahora.

¡Qué bueno me parecería para ambos si pudiésemos vivir juntos esta época y asistirnos mutuamente! Pero quizá es “mejor” que no sea así, sino que cada uno tenga que sufrir la prueba a solas. Me resulta difícil no poder ayudarte ahora en nada, excepto cuando mañana y noche, al leer la Biblia, y en otros muchos instantes del día, pienso en ti.

No es preciso que te preocupes en absoluto por mí; me encuentro extraordinariamente bien y te sorprenderías si vinieras a visitarme. Aquí me repiten continuamente –cosa, que, como ves, me halaga en grado sumo- que de mí “emana una verdadera tranquilidad” y que “siempre estoy sereno”. De manera que mis ocasionales experiencias personales, que demuestran todo lo contrario, deben basarse en un error (cosa, que, por cierto, no creo en modo alguno). A lo sumo te extrañarían o quizá incluso te preocuparían mis pensamientos teológicos con sus consecuencias, y es aquí donde tú me haces verdadera falta, pues no sabría con quién podría hablar sino contigo sobre tales problemas de manera que me aportara un esclarecimiento.

Lo que incesantemente me preocupa es la cuestión de qué es el cristianismo o también, quién es Cristo realmente hoy para nosotros. Ha pasado ya el tiempo en que a los hombres se les podía explicar esto por medio de palabras, sean teológicas o piadosas; ha pasado asimismo el tiempo de la interioridad y de la conciencia; es decir, justamente el tiempo de la religión en general. Nos encaminamos hacia una época totalmente arreligiosa. Simplemente, los hombres, tal como de hecho son, ya no pueden seguir siendo religiosos. Incluso aquellos que sinceramente se califican de “religiosos”, no ponen esto en práctica en modo alguno; sin duda con la palabra “religioso” se refieren a algo muy distinto.

Pero toda nuestra predicación y teología cristiana, con sus mil novecientos años, descansan sobre el “a priori religioso” de los hombres. El “cristianismo” ha sido siempre una forma (quizá la forma verdadera) de la “religión”. Ahora bien, si un día resulta claro que este “a priori” no existe, sino que ha sido una forma de expresión del hombre históricamente condicionada y transitoria, si, pues, los hombres llegan a ser arreligiosos de una manera verdaderamente radical –y creo que, mas o menos, esto es ya lo que sucede actualmente (¿a qué se debe, por ejemplo, que esta guerra, a diferencia de todas las anteriores, no provoque ninguna reacción “religiosa”?)-, ¿qué significa entonces esto para el “cristianismo”?

Todo el “cristianismo” precedente queda privado de su fundamento, y ya no podemos pisar tierra firme desde un punto de vista “religioso” sino en algunos “últimos caballeros” o en unos pocos hombres intelectualmente deshonestos. ¿Tendrán que constituir estos quizá, el escaso número de los elegidos? ¿Debemos precipitarnos nosotros llenos de celo, amor propio o indignación, precisamente sobre este dudoso grupo de hombres para colocarles nuestra mercancía? ¿Tenemos que abalanzarnos sobre unos pocos desdichados en sus momentos de debilidad y, por decirlo así, violarlos religiosamente?

Si no queremos nada de esto, y si en definitiva, hemos de juzgar la forma occidental del cristianismo como mera etapa previa de una completa arreligiosidad, ¿qué situación surge entonces para nosotros, para la iglesia? ¿Cómo puede convertirse Cristo en Señor, incluso de los no religiosos? ¿Existen cristianos arreligiosos? Si la religión solo es un ropaje del cristianismo –y dicho ropaje ha ofrecido un aspecto muy diferente en las distintas épocas- ¿qué es entonces un cristianismo arreligioso?

Barth, el único en comenzar a pensar en esta dirección, no ha desarrollado estos pensamientos hasta sus últimas consecuencias, sino que ha desembocado en un positivismo de la revelación, que a fin de cuentas no deja de ser esencialmente una restauración. Para el trabajador o para el hombre arreligioso en general no se ha ganado aquí nada que sea decisivo. Porque los problemas a solucionar serían: ¿qué significan una iglesia, una parroquia, una predicación, una liturgia, una vida cristiana, en un mundo sin religión? ¿Cómo hablar de Dios sin religión, esto es, sin las premisas temporalmente condicionadas de la metafísica, de la interioridad, etc, etc? ¿Cómo hablar (pero acaso ya ni siquiera se puede “hablar” de ello como hasta ahora) “mundanamente” de “Dios”? ¿Cómo somos cristianos “arreligiosos-mundanos”? ¿Cómo somos “ek-klesía”, “los que son llamados”, sin considerarnos unos privilegiados en el plan religioso, sino más bien como perteneciendo plenamente al mundo?

Entonces, Cristo ya no es objeto de la religión, sino algo completamente diferente: realmente el Señor del mundo. Pero, ¿qué significa esto? ¿Qué significan el culto y la plegaria en una ausencia de religión? ¿Adquiere aquí nueva importancia la disciplina del arcano, o sea la diferenciación (que ya conoces en mí) entre lo último y lo penúltimo?

Tengo que terminar por hoy, pues el correo está a punto de salir. Dentro de dos días te seguiré escribiendo sobre esto. Ojalá comprendas aproximadamente lo que quiero decir y no te resulte aburrido. Entre tanto, ¡que te vaya bien! No resulta fácil escribir siempre sin ningún eco; debes disculparme si, por esta razón, mis cartas se parecen algo a un monólogo. ¡De veras que no te hago ningún reproche por tu falta de respuestas! Tienes otras muchas cosas que hacer.

Te recuerda siempre fielmente,

 tu Dietrich

Veo que aún puedo continuar escribiendo un rato. La cuestión paulina sobre si la “peritomé” es condición de la justificación, quiere decir hoy a mi juicio, si la religión es condición de la salvación. La libertad ante la “peritomé” es también la libertad ante la religión. A menudo me pregunto por qué un “instinto cristiano” me atrae en ocasiones más hacia los no religiosos. Y esto sin la menor intención misionera sino que casi me atrevería a decir “fraternalmente”. Ante los religiosos, me avergüenzo con frecuencia de nombrar a Dios, porque en ese contexto su nombre me parece que adquiere un sonido casi ficticio y yo tengo la impresión de ser algo insincero (esto llega a ser especialmente grave cuando los demás comienzan a hablar con terminologías religiosas; entonces enmudezco casi por completo y el ambiente me resulta pegajoso y molesto). En cambio ante los no religiosos puedo, cuando hay ocasión, nombrar a Dios con toda tranquilidad y como algo obvio.

Los hombres religiosos hablan de Dios cuando el conocimiento humano (a veces por simple pereza mental) no da más de sí o cuando fracasan las fuerzas humanas. En realidad se trata siempre de un “deus ex machina”, al que ponen en movimiento bien para la aparente solución de problemas insolubles, bien como fuerza ante los fallos humanos; en definitiva, siempre sacando partido de la debilidad humana, o en las limitaciones de los hombres.

Semejante actitud solo tiene posibilidades de perdurar, por su propia lógica, hasta el momento en que los hombres, por sus propias fuerzas, desplazan algo más allá los límites, y Dios, como “deus ex machina”, resulta superfluo. Por otra parte, hablar de los límites humanos se me ha convertido en algo cuestionable (la misma muerte, puesto que los hombres ya apenas la temen, y el pecado, que apenas comprenden, ¿son todavía unos verdaderos límites?). Siempre tengo la impresión de que con ello solo tratamos de reservar medrosamente un espacio para Dios. Pero yo no quiero hablar de Dios en los límites, sino en el centro; no en las debilidades, sino en la fuerza; esto es, no a la hora de la muerte y de la culpa, sino en la vida y en lo bueno del hombre. En los límites, me parece mejor guardar silencio y dejar sin solución lo insoluble.

La fe en la resurrección no es la “solución” al problema de la muerte. El “más allá” de Dios no es el más allá de nuestra capacidad de conocimiento. La trascendencia desde el punto de vista de la teoría del conocimiento no tiene nada que ver con la trascendencia de Dios. Dios está más allá, en el centro de nuestra vida. La Iglesia no se haya allí donde fracasa la capacidad humana, en los límites, sino en medio de la aldea. Así es según el antiguo testamento y, en este sentido, leemos demasiado poco el nuevo testamento a partir del antiguo.

Estoy reflexionando mucho acerca de los rasgos de este cristianismo arreligioso y sobre la forma que adopta; pronto te escribiré más a este respecto. Quizá recaiga sobre nosotros, situados entre occidente y oriente, una importante misión precisamente en este contexto.

Pero ya es hora de que acabe definitivamente. ¡Qué hermoso sería tener alguna vez una opinión tuya acerca de todo este problema! Para mí significaría mucho; más de lo que probablemente puedes imaginar.

Por cierto, lee cuando tengas ocasión Proverbios 22,11-12. Allí se halla el cerrojo contra toda evasión camuflada de piedad.

¡Que te vaya muy bien! Cordialmente,

tu Dietrich

(BONHOEFFER, DIETRICH “Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio” Editadas por Eberhard Bethge. Sígueme. Salamanca. 20024. pags 196-199)

Cortesía: marianistas.org

**En los 60 años del martirio de Dietrich Bonhoeffer. 1945- 2005. Al mismo tiempo que se han celebrado en Europa los actos conmemorativos del fin de la 2ª Guerra Mundial, como memorial y a la vez compromiso de que aquella experiencia terrible nunca se vuelva a repetir, recordamos hoy al gran teólogo protestante Bonhoeffer. Murió ejecutado en Berlín ese mismo año del fin de la guerra tras un largo tiempo en el campo de concentración de Tegel. Sus "cartas desde la prisión", publicadas con el nombre de "Resistencia y sumisión" se han convertido en un clásico de la espiritualidad cristiana. De entre estas cartas publicamos la que escribió justamente el 30 de Abril de 1944:** [**"Ser cristiano en un mundo no religioso"**](http://www.marianistas.org/espiritualidad/sercristiano_noreligioso.rtf)**, una impresionante profecía de lo que se avecinaba, y a la vez una pregunta muy pertinente hoy: ¿cómo vivir la fe en una sociedad (sobre todo la europea) cada vez menos religiosa? Bonhoeffer fué, como el marianista Santiago Gapp, un gran testigo de la fe y un luchador contra la bestia, contra el dragón del Apocalipsis; en aquel momento la bestia era el nazismo, hoy puede ser cualquier poder que en nombre de una gran ideología oprime al ser humano, y su dignidad como hijo de Dios.**